

mente. Nos engañamos cuando miramos la muerte como futura. Tan léjos está de ser así, que una gran parte de ella ha pasado ya en nosotros. Y debemos hacer cuenta que tiene en su poder, todo lo que ha pasado de nuestra vida. No hay día, hermanos míos, decía el Apóstol escribiendo á los Corintios, en que yo no muera; y la gloria que recibo de vosotros, hace que no haya día en que no muera con alegría y con gusto. Supuesto, pues, que cada día morimos, ¿podemos decir que es dificultoso el aprender á morir? Y si morimos necesariamente cada instante, ¿qué impedimento tenemos de acostumbrarnos á morir por eleccion y por necesidad?

Además de eso, todas las criaturas de que estamos cercados y sirven para mantenernos, nos enseñan y nos ejercitan en morir. ¿Cómo? Dejándonos, apartándose de nosotros y dejando de ser nuestras, lo cual aún, desde ahora, es un verdadero ejercicio de la muerte. Porque ¿á cuántas cosas podemos decir que estamos ya muertos y que morimos sin cesar? Los gustos de la juventud ya no son para nosotros, ni nosotros para ellos; la alegría de ayer ya no es hoy y estamos muertos para ella; y como todos estos gustos nos han dejado ya, todo lo demás, no solo nos dejará, sinó nos dejará conforme usamos de ello. Pues ¿no es harto grosera nuestra ceguedad, si despues de tantos ensayos y experiencias no llegamos á adquirir la ciencia de la muerte?

Pero, la principal y esencial obligacion que tenemos á esta ciencia práctica de la muerte, es la profesion de cristianos á que nos ha llamado Dios; pues, segun todas las reglas de la Escritura, la vida cristiana, hablando propiamente, no es sinó una muerte continua. Por eso S. Pablo, que comprendía admirablemente esta verdad, no daba á los primeros fieles otra idea de lo que eran, sinó esta: *Mortui et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo* (COLOS. III, 3). Estais muertos, y vuestra vida está escondida con Dios en Jesucristo: *Consepulti enim sumus cum Christo per baptismum inmortem* (ROM. VI, 4). Estais sepultados con Jesucristo por el bautismo, que es un sacramento y misterio de su muerte para vosotros; y esto se debe entender, no en sentido metafórico, sinó á la letra y en el rigor de las palabras: porque ¿á qué se encaminan todas las máximas de la vida cristiana, sino á apartar el alma del cuerpo, á apartarla de sus deleites, de sus sensualidades, de su servidumbre y de su esclavitud? Pues apartar el alma del cuerpo, ¿qué es sinó enseñarle á morir?

Despeguémonos pues, amados oyentes, de este cuerpo que la Escritura llama tantas veces *cuerpo de pecado*, y no aguardemos á que la muerte nos despoje de él por fuerza, pues está en nuestra mano

despojarnos de él por virtud. Un alma que no renuncia su cuerpo sinó en el instante de la muerte, es indigna de Dios. ¿Me pedís prácticas para bien morir? Ved aquí una, sin la cual me atrevo á decir, que todas las demás son vanas y fantásticas. Despegad vuestra alma de cuanto amais, fuera de Dios. Prevenid con una mortificacion voluntaria las operaciones violentas y dolorosas de la muerte. La muerte os quitará el uso de los sentidos; haced que mueran anticipadamente, prohibiéndoles todo lo que puede desagradar á Dios. La muerte os arrebatará vuestros bienes, dejadlos desde ahora con el espíritu y con el corazon. Usad del mundo como si no usarais de él; es decir, vivid como si no vivierais; vivid sin amar la vida ni sus bienes; vivid para Dios, vivid por Dios, vivid en Dios, para vivir eternamente con Dios en la gloria, que os deseo.

MUERTE.

(HUMILLACIONES DE LA)

III.

Dies Domini, exercituum super omnem superbum, et excelsum, et super arrogantem, et humiliabitur.

El día del Señor de los ejércitos, los soberbios y altaneros, y todos los arrogantes, serán humillados.

(Is. II, 12.)

Los santos Libros nos hablan de un día llamado por excelencia el día del Señor. En opinion de los intérpretes, ese día memorable es el que terminará la escena del mundo por el espectáculo de un Dios, sentado en su tribunal para juzgar á los hombres. Pero, además de ese día elegido por el Omnipotente para manifestar más y más su justicia y su misericordia, hay tambien otro que, con justa razon, pudo llamarse el día del Señor; pues en ese día, Dios confundirá todas nuestras esperanzas profanas, destruirá todos nuestros cálculos hu-

manos, y manifestará, por último, de un modo brillante, el dominio, que se reservó sobre sus criaturas; día en que se tratará para nosotros de un acontecimiento de la mayor importancia; día señalado también para vosotros como para mí mismo. Ese día, hermanos míos, es el último de nuestra vida, es el día de nuestra muerte. No os sorprenda pues, si digo también con el Profeta, que en ese día decisivo todas las grandezas del hombre se verán confundidas.

Nosotros, cristianos, vivimos teniéndonos en gran aprecio á nosotros mismos y despreciando á nuestros semejantes. Afectamos una vanidad, una independencia y cierto aire de altivez, que nos inducen, á veces, hasta el punto de desafiar al Omnipotente, semejantes á los criados insolentes que, apartados de la presencia de su señor, en medio del dominio que la vigilancia les ha confiado, oprimen á sus subordinados, se dan cierto aire de grandeza, y tratan á sus súbditos con insolencias y brutalidades. Pero, cuando venga el divino Señor, cuando le veamos desvanecer de una vez todas nuestras esperanzas profanas, arrebatar su víctima y tenderla sobre el lecho de muerte como sobre el altar de su sacrificio, entonces conoceremos la vanidad de las cosas perecederas y de todas nuestras ilusiones. Dejad, pues, hermanos míos, que para participar del espíritu de la Iglesia, conduciéndoos hoy al borde de la tumba, cerca de este lecho fúnebre en que sufrireis vuestros últimos combates, os recuerde la humillación á que Dios somete su criatura. Nosotros, hermanos míos, nos aprovecharemos de varias enseñanzas que la religión nos dá sobre el verdadero bien, la verdadera grandeza, la sabiduría verdadera y la verdadera felicidad. Pidamos al efecto los auxilios de la gracia. A. M.

1. Figuraos al hombre luchando contra la muerte en la postrera enfermedad, á la que sucumbirá; va á dejar la tierra en el propio estado en que la encontró, es decir, sumida en el llanto y en el sufrimiento. Ese hombre, á quien hemos conocido y con quien hemos conversado pocos días há, está desfigurado y desconocido. Era entonces un hombre fuerte y robusto: estaba en todo el vigor de un temperamento sano; vivas eran sus facciones, penetrante su mirada, noble su continente. Era verdaderamente el rey de la creación y la imagen de la divinidad. Mas, por un cambio inesperado, hoy, sus pensamientos se confunden; no es apto para nada; tendido y como aterrorizado por la muerte, no deja oír más que lamentos desgarradores; sus párpados, en extremo pesados por la sombra de un fin próximo, apenas pueden entreabrirse, respira con pena, gime, suspira..... ¿Cómo se ha verificado tan notable cambio? ¿Ha sido acaso herido por el rayo

del cielo? No, hermanos míos, porque cuando Dios quiere humillar á los hombres, cuando quiere derribar ese soberbio edificio, ni se requiere cambiar el orden de la naturaleza, ni se necesita manifestación alguna exterior de la omnipotencia del Criador. Pues entonces ¿qué le ha podido reducir á este estado? Una fibra que se ha roto, cediendo á un ligero esfuerzo; un picadura que ha infiltrado en esa sangre tan pura hasta entonces; un veneno que la ha corrompido en su principio; un movimiento, un choque imprevisto, que ha interrumpido la combinación de los resortes de esa frágil máquina que amenazaba ruina desde su construcción. Preguntais ¿cuánto tiempo ha sido necesario para reducirle á ese estado? Hermanos míos, una hora y, á veces, un solo momento.

Pero, fijemos nuevamente la atención en ese hombre moribundo: el estado en que se encuentra nos dá á conocer otras humillaciones que son su consecuencia; porque, hermanos míos, después de disfrutar de la mayor independencia, se ve sometido en este momento á todas las criaturas. Era tal vez hombre de posición, que dictaba la ley á gran número de personas que le debían su existencia; era tal vez una mujer de mundo, cuyas sirvientas solo pensaban en anticiparse á sus menores deseos; era quizá un hombre, que se gloriaba de su habilidad en la administración de sus negocios; era quizá un hombre altamente celoso de su reputación, y que se enfurecía al menor insulto: pero, muere; ah! ¿cómo ha cambiado la escena! su dependencia es universal: depende de los elementos cuyas influencias fatales á su salud agotaron todos los recursos de la ciencia: el aire afecta á ese cuerpo desfallecido; carece de calor bastante para suplir el calor natural que le abandona con la vida. Depende de algunos criados, cuya solicitud y servicios compró. Depende de una familia que procura, por una falsa ternura, ocultarle su estado, y alimentarle también en ese infortunado una esperanza que no tiene. Depende de los que pueden hablarle con libertad, porque ni esperan de él, ni tienen por qué temerle: los unos le engañan sobre su suerte, los otros recuerdan su elevada posición y sus injusticias. Entonces comprende perfectamente todo lo que parecía ser. Depende, ó mejor, su salvación eterna depende del ministro de la religión que debe purificar su conciencia, recibiendo su último suspiro. ¿Cómo se entiende esto, hermanos míos? Ese hombre ha vivido como si nunca hubiese debido morir; su alma se encuentra en un estado del que su cuerpo es una débil imagen; preciso es que un ministro de Dios se encargue de purificar en un instante una alma, cuyas heridas son tan inveteradas y profundas.

En fin, llega la última hora, ese hombre exhala el postrer suspiro,

y, al instante se cambia todo lo que adornaba su morada y se sustituyen en ella las tristes insignias de la muerte.

¡Mirad la pobreza de su lecho funebre! se le pone su más pobre traje. Los que le heredan, toman desde luego sus títulos; y se comparan su patrimonio y sus riquezas. ¡Oh! si él mismo pudiera verse y contemplarse en este estado, confesaría sin duda, que es una locura malgastar sus mejores días en adquirir esos falsos bienes. Hermanos míos, he aquí como nos vemos obligados á reconocer, que esos bienes de la tierra de que tanto nos enorgullecemos, no tienen otro valor sino el que les dá la vanidad de los hombres; hé aquí como nos vemos obligados á reconocer, que esos bienes solamente los teníamos en depósito; Dios nos los había confiado para que hiciésemos crecer algunas flores entre las espinas que brotan por todas partes en esta tierra maldita; Dios nos los había entregado con el fin de mover en nuestro corazón un tierno reconocimiento por el que de este modo nos había favorecido; los había puesto en nuestro poder para delegarnos cerca de nuestros hermanos desgraciados como otra Providencia, mas no para que fomentásemos con ellos nuestro orgullo, ni para convertir esos bienes en instrumento de la iniquidad.

2. Ese hombre ha tenido que dejar todos los objetos que le eran tan queridos, y á los cuales tenía entregado su corazón, para presentarse solo, sin abogado, sin defensor, en el tribunal del supremo juez, que no admite otros títulos sino los de la virtud. Me preguntareis tal vez, si el término de su vida lo ha sido de sus humillaciones. No, hermanos míos. Y me atrevo á afirmar, que todo lo ocurrido hasta la hora de su muerte, no ha sido sino el preludio de sus ignominias. Hace pocos momentos le llamabais hombre, y ahora no sabríais qué nombre darle. ¡Venid y mirad! ¡qué cambio en ese cuerpo humano! Ahora está mudo, sordo, ciego, insensible; un sudor frío corre por todo su cuerpo; diríase que ha muerto bañado en lágrimas; todas sus facciones están contraídas; su cabeza se inclina con languidez; se necesita violencia para levantarla; sus ojos apagados se hundén y se descoloran; todos sus miembros están tirantes y no se les puede dominar. Se le expone á la vista del público, con el fin de que el espectáculo del cuerpo inspire el espíritu de caridad hácia su alma: finalmente, es abandonado á manos mercenarias, que le ocultan á las miradas, porque es preciso sustraer á la vista un espectáculo que se hace repugnante y espantoso. Pasa por última vez el umbral de su casa y se le conduce á la morada de los muertos. ¡Orgullosa criatura! baja á tu última morada: para tí, cualquier otro lecho de descanso sería demasiado honroso. ¡Tierra y polvo! vuelve y permanece hasta

la consumacion de los siglos en el seno de la tierra. Con efecto, se le precipita allí, se cierra su tumba, y queda sumido en el silencio del sepulcro. ¡Ah! hermanos míos, ¿por qué no hemos de penetrar en esa tumba y seguir allí, si posible fuera, los distintos estados por los cuales va á pasar ese cadáver humano? ¿Por qué el respeto á esta cátedra me impide describir los destrozos que la muerte causa en ese cuerpo, ántes tan bello, y que hoy sucumbe y se descompone? Quisiera manifestaros como paulatinamente va perdiendo toda su forma humana, queda reducido luego á algunos huesos áridos y desecados; despues se confunde con la tierra, que guarda los últimos restos dispersados por el viento; más tarde, en fin, se convierte en polvo, que los vientos esparraman.

Otra humillacion acompaña todavía al hombre más allá de la tumba. Y es, hermanos míos, el abandono, la indiferencia, el olvido de todas las criaturas. Es muy extraña la ilusion en que vivimos respecto de este punto; pues de ese fondo de orgullo que se conserva en nuestro corazón, nace un deseo inquieto de ser vistos, de ser conocidos, de ser apreciados, de ser linsonjeados por los hombres. El desprecio nos enoja, la oscuridad nos horroriza, y hasta la indiferencia con que los demás miran nuestros pretendidos méritos de que estamos tan enorgulidos, nos ofende y nos indigna; y de ahí, hermanos míos, esos sacrificios que hacemos todos los días al respeto humano; sacrificios de nuestros gustos y de nuestros hábitos á los gustos y á las prácticas del mundo; sacrificios de nuestras convicciones y de nuestras ideas á sus prevenciones y á sus preocupaciones; sacrificio de nuestra conciencia á sus diarias y continuas exigencias; y hasta, á veces, sacrificios de nuestras creencias y de nuestra fe á sus placenteras seducciones y hasta á sus falaces sonrisas. ¿Y para qué? ¿Acaso no es para granjearnos el aprecio de los hombres, para conservar un lugar en su memoria y en su corazón? Pues bien: tan luego como se os haya encerrado en el sepulcro, vuestros parientes, vuestros criados y vuestros amigos abandonarán el lugar de vuestra última morada. Vuestra familia os llorará en los días de duelo; pero, estad seguros que el tiempo secará en breve esas lágrimas, y otras preocupaciones vendrán á ocupar el lugar del recuerdo que habeis dejado en los corazones.

¿Por qué, pues, exponeis la salvacion y el interés de vuestras almas, para aseguraros no sé qué inmortalidad en la memoria de los que al día siguiente de vuestra muerte os habrán olvidado?

¡Ah, cristianos! si conformamos nuestra vida á los grandes principios, si nos aprovechamos de las lecciones que la religion nos dá para meditar en nuestro último instante, la muerte se nos presentará

bajo un aspecto menos terrible y espantoso; con una mano nos arrancará de la tierra; pero, con la otra, nos abrirá las puertas del cielo; nos quitará los bienes caducos é imperfectos; pero, el mismo Dios nos entregará todos sus tesoros, cerrará nuestros ojos al espectáculo de la naturaleza; pero, Jesucristo, la bondad por excelencia, se nos dejará ver por fin. La muerte devastará este cuerpo; pero, nada podrá sobre nuestra alma; y este mismo cuerpo, despues de sufrir las humillaciones de la muerte, tomará una vida nueva que no se extinguirá jamás. El Espíritu Santo reconstruirá este edificio que se gozaba en habitar, y le introducirá un dia en la patria celestial; entónces bendeciremos las santas pruebas que hayamos sufrido en este mundo; entónces nos felicitaremos de haber sacrificado los placeres al deber, porque de esa fecunda semilla que hayamos sembrado sobre la tierra en medio del dolor y la lágrimas, recogeremos una abundante cosecha, cuyos frutos saborearemos por toda una eternidad. Amen.

MUERTE.

(LA DEL JUSTO)

IV.

Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.

La muerte de los santos es preciosa á los ojos del Señor.

(SAL. CXV, 45.)

Por espantosa que nos represente el enemigo la figura de la muerte, ésta, dice S. Juan Crisóstomo, nunca será más que un fantasma, que asusta en gran manera al inocente parvulillo, pero que mira con justo desprecio el justo que conoce su vanidad. Cuando él compara entre sí los bienes y males que sucesivamente nos ofrece el mundo, queda plenamente convencido, de que nuestra vida natural tiene más de miserable que de feliz, y de consiguiente, la muerte, bajo esta con-

sideracion no debe causarnos temor. Mas, el justo no ve solo en ella el término de tantas incomodidades y desvelos inherentes á la vida; de tantos dolores, disgustos, tristezas y contrafiempos de que no puede librarse acá en la tierra; de los peligros que le cercan, de las inquietudes y enfermedades á que está sujeto, de la guerra cruel que lleva siempre dentro de su corazon; sinó que descubre ser además el principio de la más dichosa tranquilidad, del eterno descanso, de su gloria inmortal. ¿Y podria ménos de regocijarse á la idea de tanta felicidad? El militar se saborea con el recuerdo de la victoria que ha de premiar sus fatigas; el labrador, con el de la cosecha que remunerará sus sudores y trabajos; el navegante, con el del puerto en que se salva de todos los peligros, y no ha de enagenar al justo la memoria de aquel momento en que, consiguiendo la victoria, recogiendo la cosecha y llegando al puerto, serán remuneradas sus virtudes? Tal vez el enemigo comun procure turbarle con el recuerdo de sus pasadas infidelidades; pero, este recuerdo horroriza solo á los que tienen mala vida, no á los que han llorado sus pasados extravíos. El que vive bien, detesta las culpas que ha tenido la desgracia de cometer, considera las misericordias de su Dios, medita sobre su bondad sin límites, le ama, deposita en él su confianza; y cual si viera en la muerte la última expresion de su cariño, y oyera su voz amorosísima con que le llama para sí, ¡oh feliz momento! exclama, ¡oh muerte venturosa! ¿cuándo sacarás mi alma de esa tenebrosa é insufrible cárcel? ¡Bondad infinita! cuán rápidamente volaria yo á esa mansion de descanso que nos tienes preparada! Con la misma rapidez iria á ella con que vuela mi deseo al presente. ¡Felices las almas que alcanzaron fijar ya su morada en los palacios de tu gloria! Yo lo deseo tambien, yo lo espero, y esta esperanza me enajena, me embriaga, me hace caer en dulcísimo desmayo.

De la muerte del justo vengo á hablarlos en este dia, El Espíritu Santo dice, que es preciosa, *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus*; y no puede dejar de serlo, porque todos los tiempos se reunen á lo último de su vida para formar su verdadera felicidad. Lo pasado, lo presente, lo futuro, todo les alivia, todo les consuela: lo pasado, con la memoria de sus virtudes practicadas con la gracia del Señor; lo presente, con la firmísima esperanza de un galardón eterno; lo porvenir, con la seguridad de la posesion de Dios. ¡Qué muerte tan dulce! ¡Qué muerte tan preciosa! ¿Cómo podrá morir descontento quien muere santo? ¡Quiera el Señor que á la vista de la dulce muerte de los justos os determineis á vivir irreprehensibles! Pidamos esta gracia por la intercesion de la Virgen. A. M.

1. Acabamos de ver, hermanos carísimos, la pésima muerte de un pecador, y que la memoria de su mala conducta le aflige sobremanera, el dolor de lo presente le atormenta, al mirarse abandonado del Criador y las criaturas, y la experiencia triste de una sentencia irrevocable en lo porvenir, le desespera. A los justos, después de una vida breve, pero llena de buenas obras; después de unos pocos años acompañados de trabajos, tribulaciones, pobreza y persecuciones, padecidas por amor de Dios y por el cumplimiento exacto de sus obligaciones, se les llega como á todos los mortales el término de su peregrinación sobre la tierra. El testimonio de su buena conciencia es, como decia S. Pablo, toda su gloria; su buena conciencia produce en el alma aquel dulce sosiego, aquella tranquilidad tan apreciable, aquella confianza firme en las divinas misericordias, y aquella fortaleza incontrastable para rechazar y vencer los combates de sus interiores y exteriores enemigos. *Quid adstas, cruenta bestia? Nihil in me, funeste, reperies*, podrán decir con S. Martin, ilustre obispo turonense: ¿qué haces aquí, bestia cruel, ó qué esperas de mí, espíritu infernal? Vuélvete á tus calabozos sempiternos, porque no hallarás en mi conducta nada que no sea recto y justo. No me reprende mi corazón, dirán con el santo Job, en todos los pasos de mi vida, porque, si por desgracia me precipité en algunos desórdenes, si mi juventud estuvo acompañada de algunos delitos, si cometí algunos pecados, la misericordia de Dios me comunicó los auxilios de su gracia por los méritos de Jesucristo, en cuya sangre fui bautizado, y quedé más limpio que la nieve. Su divina gracia triunfó de mi malicia; y los frutos dignos de penitencia que produjo en mi alma, me volvieron á la amistad de mi Dios: en ella he perseverado hasta la muerte, y espero sea mía la eterna vida, como premio debido á la humildad de corazón, á la viva fé, á la caridad ardiente, á la modestia edificante, á la paciencia inalterable, al constante trabajo y á los santos ejercicios de la piedad y religion en que, con su gracia, me he ocupado: *Opera enim illorum sequuntur illos*. La memoria del cumplimiento de mis obligaciones para con Dios, para con el prójimo y para conmigo mismo, me llena de consuelo, y me conduce á bendecir las grandes misericordias del Señor, que me apartó de los pecados, me separó de las malas ocasiones, me libró de los peligros y me predestinó desde la eternidad, haciéndome conforme á la imagen de su unigénito hijo Jesucristo. ¡Qué paz esta tan estimable! ¡qué sosiego tan dulce! ¡qué estado tan envidiable! Con cuánta razón decia S. Pablo: *Gloria nostra hæc est, testimonium conscientia nostra!* (II Ad Cor. 1, 12).

Vamos un poco prácticos, si quereis llegar hasta la evidencia de esta verdad. Reflexionad sobre el feliz estado de una casta y pura doncella en la hora de la muerte, y vereis como su memoria la representa aquella vida sencilla, uniforme é inocente que observaba en la casa de sus padres; aquel cuidadoso retiro de los bailes, de los teatros, de las romerías, de los juegos, de las amistades, de las galas y de la ociosidad, en que otras muchas hallaron el escollo de su pureza, la ruina de su inocencia, y la muerte de su alma. *Perambulaban in innocentia cordis mei, in medio domus meæ*, podrán decir con David (PSALM. c. 2). Nosotras, obedeciendo á nuestros padres, no separándonos de la vista de nuestras madres, aplicándonos á las ocupaciones domésticas, y ofreciendo á Dios por medio de la oración sencilla, humilde y frecuente, nuestras almas y nuestros cuerpos con todos los sentidos y potencias, pasamos una vida inocente, una juventud virtuosa: agenciamos grandes méritos en pocos años, y ahora, colocadas á la puerta de una dichosa eternidad, esperamos tranquilamente la dulce posesion y amable compañía de nuestro esposo Jesucristo: *Reposita est mihi corona justitiæ* (I Ad. Tim. iv, 8).

¡Con cuánto gozo de sus almas verán las mujeres casadas á la hora de su muerte su inviolable fidelidad á las sacrosantas leyes del matrimonio; su amor, su respeto y su obediencia á su marido; el cuidadoso esmero de apartar de su casa todas las ocasiones de las desavenencias domésticas, que tan desgraciados hacen otros muchos matrimonios; la vigilante instruccion y crianza de los hijos, para que sean unos ciudadanos virtuosos y unos cristianos irreprehensibles; el ejemplo edificante que daban á su familia de todas las virtudes; su cortesía, su afabilidad y buen trato con los vecinos; su modestia en los vestidos, su providencia con los domésticos, su frecuencia devota en los templos y su caridad con los pobres! *Fidem servavi*, dirán con el apóstol S. Pablo: hemos guardado la fé á las obligaciones de nuestro estado; hemos sido unas esposas fieles, unas madres de familia vigilantes, unas amas benéficas y afables con las criadas, unas vecinas corteses y unas mujeres amables. No hemos trabajado solas; la gracia de Dios nos ha elevado, fortificado y acompañado, para llenar dignamente los grandes cargos de nuestro ministerio. Sin ella no hubieran sido bastantes nuestras propias fuerzas para hacernos irreprehensibles; pero todo lo hemos podido en el Señor que nos conforta: *Reposita est mihi corona justitiæ*.

¡Qué alegría tan pura para las venerables viudas el representarseles en el último momento que, desde que quedaron solas, permanecieron en oración, en retiro de todas las peligrosas concurrencias del

mundo, en total separacion de aquellas delicias, de aquellas galas, de aquellos entretenimientos y placeres que la Religion condena en todas las edades; que fueron constantes en la frecuencia fructuosa de los santos sacramentos, en la mortificacion de sus pasiones y apetitos, en la práctica de las obras de misericordia, y, en una palabra, en las ocupaciones virtuosas que prescribe el grande apóstol S. Pablo á una verdadera viuda; á una mujer que, libre de las faenas del matrimonio, trata eficazmente de ser toda de Dios, y de santificarse cada día más hasta el último término de la vida! Ciertamente, amados míos, una corona de inmortalidad será el premio de justicia que el Dios de la misericordia tiene reservado para unas costumbres tan irreprehensibles: *Reposita est mihi corona justitiae.*

¡Qué gozo tan perfecto para un jóven virtuoso, para un casado honesto, para un hombre de bien, para un militar honrado, para un artista laborioso, para un juez integro, para un oficinista aplicado, para un sencillo cultivador de la tierra, cuando en el último momento de la vida se les presenten las virtudes que practicaron, los vicios de que huyeron, los grandes beneficios que del cumplimiento exacto de sus respectivas obligaciones resultaron á su pueblo, á su patria, á sus semejantes, al estado y á la Iglesia! *Cursum consummavi*, dirán todos y cada uno de ellos con S. Pablo: hemos finalizado dichosamente la carrera de nuestra peregrinacion sobre la tierra; hemos cumplido, ayudados de la gracia de Dios, las obligaciones de nuestro estado, de nuestro oficio y de aquel ministerio en que nos colocó la divina Providencia: hemos obrado todas las cosas con verdad, con justicia y santidad, y esperamos de un Dios justo la retribucion eterna: *Reposita est mihi corona justitiae.*

¡Qué memoria tan dulce la que represente á los venerables sacerdotes y á los virtuosos religiosos, tantas misas santa y fervorosamente celebradas; tantos divinos oficios, devota, pausada y atentamente rezados; tanta aplicacion al confesonario, tanto celo por la gloria de Dios y la salvacion de las almas en los púlpitos; tanta asistencia misericordiosa á los enfermos y moribundos; tantas limosnas caritativa y prudentemente administradas; tantas horas destinadas á la oracion, tanta mortificacion de su voluntad, de su gusto y de sus deseos por amor de Jesucristo; tanto desprendimiento de las cosas de la tierra, tanta pureza en las costumbres, tanta edificacion de los prójimos con su buen ejemplo, tantas conversiones de los pecadores, tanto aumento de virtud en los justos! *Beati qui habitant in domo tua, Domine.* ¡Bienaventurados los ministros del Señor que habitan en su templo santo, y llenan con perfeccion la grandes obligaciones de su

vida sacerdotal! ¡Qué consuelo! qué gozo tan perfecto, cuando todos digan: *Oblivioni traditae sunt angustiae priores!* Ahora conocemos el precio de los trabajos, de las tentaciones y de las tribulaciones padecidas por Jesucristo. Ya se han pasado los ayunos, los cilicios, las disciplinas, las negaciones de la propia voluntad; las vigiliias, la pobreza, las persecuciones y todas las demás fatigas de la vida religiosa: ya no nos acordamos de ellas, sino del premio que con ellas hemos merecido, y que por ellas vamos á recibir de un Dios justo, de un Dios lleno de piedad y de clemencia. ¡Oh, qué bien lo pasan en la muerte los que llevaron una vida virtuosa! ¡Cómo podrán morir descontentos los que vivieron como santos? ¡Oh, qué situacion tan dichosa! qué sosiego tan apreciable inundará sus almas! ¡Cómo podrán sentir el dolor de la separacion de todo lo terreno aquellos, á quienes la memoria de lo pasado está consolando con la segura esperanza de lo celestial?

2. No, carísimos oyentes: el dolor, la pena y los gemidos de dejar la tierra, solamente los experimentan los que la amaban, los que tenían el corazon en ella y no pensaban en el cielo. *Siccine separat amara mors?* ¿Es posible, dirán, oh muerte amarga, que así nos separas de cuanto apetecíamos sobre la tierra? ¿Así nos arrojas en un sepulcro para pasto de gusanos, despues de habernos robado las riquezas, desnudado de las galas, despojado de nuestros empleos, y separado de nuestros placeres, y de nuestros amigos y parientes? ¿Tan desnudos como salimos del vientre de nuestras madres, hemos de entrar en las entrañas de la tierra? ¡Ay, muerte! ¡y qué amarga es tu memoria para los que tienen su corazon en las cosas transitorias! *Siccine separat amara mors?* Así se lamentan los pecadores; pero no es este el cántico de los justos. Estas almas preciosas saben que el mundo es una region de tinieblas, un camino sembrado de escollos y precipicios, y un lugar de tristes inquietudes y tormentos; saben que hay peligros en el mar y peligros en la tierra; peligros en la soledad y peligros en la compañía; peligros en la abundancia y peligros en la indigencia y la penuria: saben que deben caminar por este mundo peligroso como un peregrino que va de viaje á su patria; y que sin embargo de no fijarse su corazon en los objetos que al paso se le presentan, ni detenerse voluntariamente á gozar de ellos, sino que aspira incesantemente al término á que camina, le salen al encuentro los enemigos de su alma para extraviarlo y perderlo con el halago de las pasiones, con el fausto de las riquezas y el resplandor de las dignidades. En esta situacion triste clama el alma virtuosa, y dice á su Señor y su Dios: *Quid... mihi est in coelo, et ad id quid*